

# ¿Qué queda del 11 de septiembre?

SAMI NAÏR

Desde luego, habrá que acordarse durante mucho tiempo todavía del 11 de septiembre. Y de la tragedia. A la que habrá que añadir a los mártires del 11 de marzo en España; los torturados de Abu Ghraib en Irak y los niños de Osetia. Y otras matanzas desconocidas que nos aguardan. Habrá que recordar a nuestros muertos. Y su inocencia. Víctimas sacrificadas sobre el altar de la rapiña, el cinismo, la manipulación de los pueblos a manos de los poderosos. ¿Qué queda del 11 de septiembre? Un sentimiento de conmoción psicológica planetaria, de herida purulenta. Ahora bien, sería un error separar ese crimen de la barbarie que se ha extendido desde entonces por el mundo. Lo primero que hay que reconocer, de una vez, es que estamos en guerra. La guerra está ahí, en medio de nuestras vidas. Es una guerra política, militar, cultural y económica. Y ha instaurado en todas partes su ley, que es la fuerza.

Cuando chocaron los dos aviones contra el World Trade Center, nos sobrecogió la audacia, el increíble desafío contra la mayor potencia de la Tierra. No pensamos inmediatamente en los inocentes que ardían dentro de las torres, aquellos palacios del consumo convertidos en altares expiatorios. Algunos, conscientes de los terribles rencores acumulados contra la política estadounidense en el mundo, gritaron: "¡Tenía que pasar!". No es que lo aprobaran, por supuesto. Pero sí señalaban el trasfondo de la matanza. Otros, hoy se puede decir sin incitar a la rebelión, dejaron entender que habían tenido una especie de sentimiento de justicia, quizás incluso de alegría. Con esa matanza, los estadounidenses comprenderían lo que les ocurre a otros pueblos cuando ellos les bombardean con tanta impunidad. Todos oímos frases de este tipo entre los que nos rodean. ¿Por qué ocultarlo? Sin embargo, esa actitud no duró. Todo el mundo tuvo que asumir la realidad: aquello era un crimen, inevitable o por venganza, pero un crimen abominable contra personas inocentes. Aquel suceso desbordaba cualquier análisis racional. Estados Unidos designó inmediatamente al culpable e invadió Afganistán. Bin Laden huyó. A la comunidad internacional no se le consultó sobre aquella guerra.

La ONU quedó al margen. El Gobierno estadounidense sólo le permitió aprobar el castigo. El resto del mundo cerró los ojos. El régimen talibán era indefendible y espantoso y, sobre todo, ya no controlaba su propio territorio. Hasta los más incrédulos se dejaron atraer allí por las sirenas que exigían justicia al estilo de los cowboys.

Pero luego, todo cambió. Vimos salir de la sombra a dirigentes que decían que había que ir a la guerra. La guerra contra los terroristas y contra quienes se negaban a combatir el terrorismo por cualquier medio. La civilización necesita que haya leyes, y exige que, si queremos que prevalezca el Estado de derecho, empecemos por respetarlas nosotros mismos. Y, a la inversa, afirma —en contra del maquiavelismo

de los poderes— que determinados métodos refuerzan el terrorismo, le proporcionan el aliento de injusticia del que se nutre.

Pero el presidente Bush no compartía esa opinión. Su equipo y él tenían otros planes en mente. El primero de ellos: ir a la guerra. De modo que, como en una mala novela policíaca, empezó a tramar su intriga. El terrorismo se convirtió en un enemigo, al principio abstracto, cuya mera evocación litúrgica en las misas televisadas del poder debía suscitar la adhesión ciega de los ciudadanos "amenazados". Sin embargo, eso no era suficiente. Hacía falta un gran culpable real. Con Bin Laden huido, estaba Sadam Husein, que sí tenía un domicilio. El dictador poseía todas las cualidades necesarias para servir de chivo expiatorio. Y, sobre to-

do, estaba sentado sobre miles de millones de barriles de petróleo que Estados Unidos, el país del derecho y la libertad, codiciaba desde hacía mucho. Así pues, Irak. Bob Woodward, en su libro *La guerra de Bush*, muestra con un aterrador lujo de detalles cómo orquestaron los máximos dirigentes estadounidenses esta operación de desplazamiento del miedo engendrado por el 11 de septiembre hacia Irak. Ya tenían la presa. Los muertos del 11 de septiembre tenían que justificar la aventura. Y vimos avanzar al rodillo de la mentira de Estado con la fuerza de un huracán. Sadam, al que ya sólo se llamaba por su nombre —como si fuera necesario que la humanidad le negara el apellido—, "Sadam" tenía armas de "destrucción" masiva. Al parecer, se disponía de

pruebas. Financiaba el terrorismo. También decían disponer de pruebas. Por consiguiente, había que destruirle.

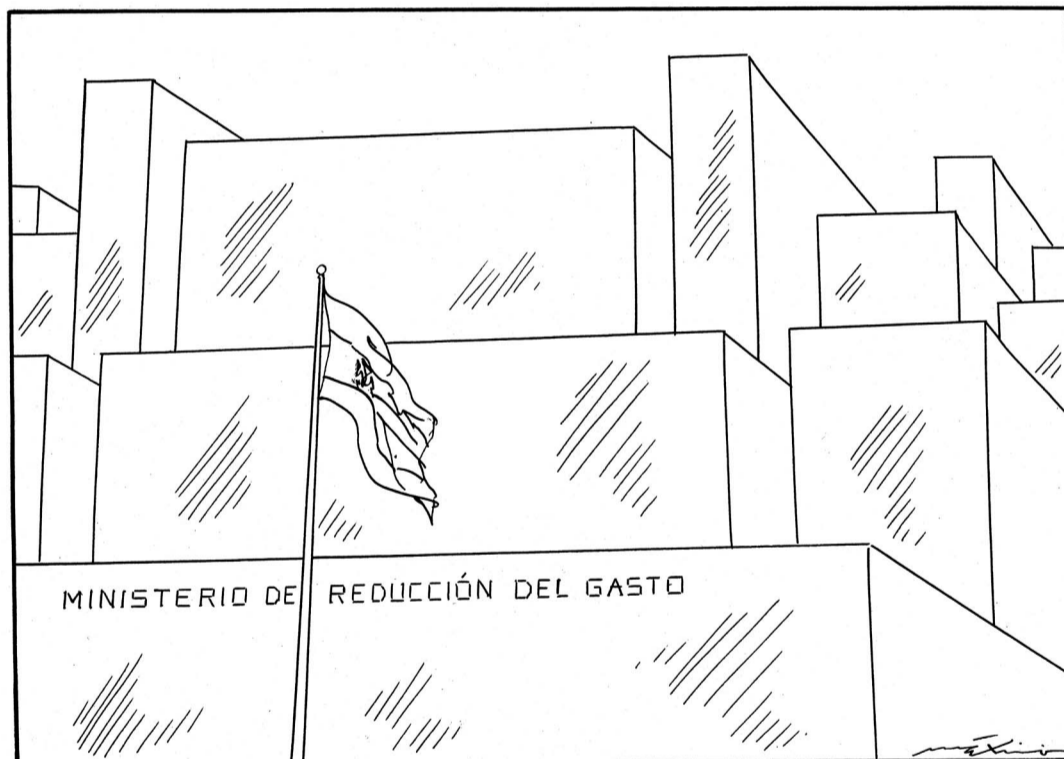
Ante los ojos llenos de lágrimas del pueblo de EE UU, utilizaron el 11 de septiembre para justificar una guerra contra un país del que, en realidad, todo el mundo sabía que no tenía nada que ver con los atentados y que, de hecho, era enemigo declarado del integrismo islámico. Pocas veces se había visto tal manipulación en un país democrático. Los plumíferos al servicio de Washington en todo el mundo se situaron en orden de batalla en los medios de comunicación y, bajo la bandera de los derechos humanos, reclamaron la sangre iraquí.

Sin embargo, la opinión pública mundial descubrió enseguida la patética mentira. Y entonces asistimos a una escena que ha quedado grabada para siempre en la memoria de los que vivieron la tragedia: en todas partes, el pueblo decía a sus dirigentes que no era imbécil, que sabía dónde estaba el derecho. Una victoria inmensa de la ciudadanía mundial, la primera comunión de la solidaridad de los pueblos en la época de la globalización liberal. Todos comprendieron que el objetivo de los estadounidenses era el petróleo, que su olor emponzoñaba las tumbas de los muertos en el World Trade Center. En Europa, Francia y Alemania asumieron el mensaje y se negaron a someterse a los deseos de Washington. La ONU rechazó la violación del derecho internacional. Pero la invasión se produjo. Y la segunda lección que podemos extraer de la utilización aberrante del 11 de septiembre es que esta guerra en la que todos estamos ya implicados la provocaron los dirigentes estadounidenses al invadir Irak.

Por supuesto, las aterradoras consecuencias de la invasión de Irak no anulan la solidaridad con las víctimas del terrorismo en Estados Unidos. Las cubre con un manto de desesperación. Porque Irak se ha convertido en terreno de sangre, fanatismo religioso, terror irracional. Estamos volviendo locos a los iraquíes, que, después de largos años de dictadura, hoy se encuentran en manos de bandas de saqueadores y ocupantes embrutecidos. En la actualidad se libra una verdadera guerra

Pasa a la **página siguiente**

MÁXIMO



## CARTAS

### AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es. Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: [www.elpais.es](http://www.elpais.es)

### Pásalo: becarios a la calle

Los que nos dedicamos a este mundo todavía tenemos muy presente las declaraciones que el secretario de Estado de Universidades e Investigación, Salvador Ordóñez, realizó a finales de este junio. Mo-

mentos antes de inaugurar el curso de verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Ordóñez aseguró que uno de los objetivos del Gobierno consistiría en dignificar la docencia y la investigación. Para ello, especificó, se podrían en marcha una serie de medidas destinadas a la mejora de las condiciones de los becarios (como el alta en la Seguridad Social durante los dos primeros años de beca y la posibilidad de contrato laboral en los dos últimos).

Creemos que el señor Ordóñez ha olvidado sus promesas, a no ser que para él la nueva convocatoria de las becas del programa de Formación de Personal Universitario (BOE número 207, del 27 de agosto de 2004) sea su incomprensible forma de llevarlas a cabo.

La convocatoria no sólo se ha visto reducida en diferentes puntos, sino que anula la posibilidad de renovación de un número elevado de casos (por el efecto retroactivo de sus requisitos). El colectivo de becarios no damos crédito a esta "feliz resolución veraniega" que

va a truncar el futuro de las numerosas investigaciones ya iniciadas. Hagamos algo. Por lo menos que se nos oiga.— **Belén Jiménez.**

### Más de 1.000 muertos

La prueba más evidente de que la guerra de Irak no ha terminado es que los muertos siguen aumentando día a día. Ya han caído, reconocido oficialmente, más de 1.000 soldados en el bando de las tropas ocupantes. No quiero ni imaginar los miles o decenas de miles del otro bando, en medio de un país destruido en el que la violencia se ha desatado y la vuelta a la normalidad parece imposible.

Este es el exitoso resultado de esta delirante guerra del señor Bush contra el terrorismo. Mientras, los golpes terroristas cada vez son más salvajes, crueles e indiscriminados, sembrando más dolor y proporcionando de paso argumentos a quienes, como el señor Bush, creen que la violencia debe combatirse con una violencia aún mayor.

Las cosas difícilmente podrían ir peor, pero reconocer el colosal error después de tantos muertos ya es imposible, así que hay que huir hacia adelante. El señor Bush ha prometido, si gana las elecciones, proseguir con esta demencial campaña sin cuartel con el propósito de defender a Estados Unidos "cueste lo que cueste". Y lo hará, a menos que la cordura del pueblo norteamericano se lo impida, porque en caso de ser reelegido, ¿quién defenderá a Estados Unidos y al resto del mundo del señor Bush?— **Sebastián Fernández Izquierdo.** Petrer, Alicante.

### Los gitanos en España

Hace ya unas semanas que participé en unas mesas de debate sobre la comunidad gitana, celebradas en el Fórum de las Culturas, donde expuse cómo veo la situación para los gitanos en España. Una situación que por un lado es bastante positiva —para los gitanos que hemos podido alcanzar unos

estudios universitarios— y mucho más negativa para aquellos que no han corrido la misma suerte.

Los problemas que tiene hoy la comunidad gitana, al igual que el resto de la ciudadanía española, no están teniendo las respuestas adecuadas y eficaces, ya que emergen de forma inesperada unas contradicciones que nos están llevando a una nueva concepción de los problemas mucho más *etérea* y *disgregada*. Es por eso que muchos gitanos pedimos construir nuestro propio destino, que se nos tome como ciudadanos de pleno derecho, y por tanto constructores de nuestro propio conocimiento, un conocimiento que nos permita ver nuestra realidad desde nuestros ojos, y no desde los de una *tecnestructura gerencialista*. Por eso espero y deseo que en esta nueva etapa se nos conceda la oportunidad de hablar a esta voz tan castigada por tantos años de persecución, y que esto no se quede, como decía Hamlet, en "palabras, palabras, palabras...".— **Joaquín Córdoba Rodríguez.** Granada.

# La comprensión del otro

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Ante la necesidad de entendimiento con el otro, los humanos hemos desarrollado formas de conocer y apreciar a nuestros semejantes. El diálogo, que abre el camino a la comprensión, se opone radicalmente a enfrentamientos y guerras. En cambio, la entorpecen y la impiden la estupidez, la altanería y la codicia de lo ajeno.

A la vista tenemos un ejemplo de ello. Lo proporciona George W. Bush con su pandilla de secuaces en la invasión de Irak. Cerrándose a lo que revelaron las pesquisas sobre la posesión de armas de destrucción masiva, provocó él su llamada guerra preventiva. Para afianzar la hegemonía de su imperio en una gran zona petrolífera, no le importó al presidente de dudosa elección que murieran miles de iraquíes y más de un millar de soldados estadounidenses. Tampoco parece haberle importado provocar la pérdida irreparable de tesoros de una de las más antiguas y ricas civilizaciones del planeta.

Pero ¿existe alguna forma de saber que propicie la comprensión del otro? ¿Es ella la antropología, ciencia del hombre y su cultura? ¿Cómo y cuándo nació la antropología?

Habrán quienes cándidamente piensen que la antropología na-

ció en los Estados Unidos o en algún país del norte de Europa. Eso es lo que dicen algunos manuales que tratan de la historia de la antropología. Por mi parte sostengo que esta forma de saber la diseñó mucho antes un fraile español en el siglo XVI. El fraile en cuestión fue el franciscano Bernardino de Sahagún, nacido en 1499 en la villa leonesa de la que derivó su apellido. Murió él en México en 1590. Como otros frailes misioneros, se afanó por convertir al cristianismo a los indígenas del país. Pero declaró que no podía cumplir su misión si ignoraba quiénes eran ellos, desconociendo su lengua y su cultura.

Concibió entonces un proyecto de investigación. Implicó éste dialogar con ancianos y sabios de lengua náhuatl o mexicana. Su diálogo, sostenido en numerosas sesiones y lugares, no se desarrolló al azar. Había preparado con esmero una “minuta o cuestiona-

rio”. Le interesaba inquirir “acerca de las cosas naturales, humanas y divinas” en ese ámbito de cultura. Y en su búsqueda debía adaptarse a las formas de comunicación tradicionales entre esos indios. El diálogo siempre fue en la lengua de ellos. Sus palabras las transcribieron jóvenes nativos, discípulos del fraile. Asimismo solicitó de los ancianos y los sabios que le mostraran sus libros de pinturas y caracteres glíficos, los que hoy llamamos sus “códices”. Sahagún había llegado a México en 1529. Sus investigaciones se efectuaron a lo largo de mucho tiempo en medio de contrariedades y aun acusaciones de estar contribuyendo a la perduración de las idolatrías. Se le requisaron sus papeles con los frutos de sus pesquisas. Todo estuvo a punto de perderse, centenares de folios en náhuatl y en español, con más de un millar de pinturas. Allí estaba reflejado el universo de la antigua cultura indígena, tal como

los propios nativos la revelaron al fraile. Se dirá que el interés de Sahagún era cristianizar a los indios. Es ello verdad, pues para eso había viajado a México. Pero también es cierto que en su empeño llegó a apreciar tanto la cultura indígena que, en comentarios que añadió a los testimonios indígenas, ponderó y reconoció el valor de las creaciones de los indios, su pensamiento moral, su sabiduría, su arte. Diríamos que en su comprensión avanzó hasta donde le fue dado salvaguardando su condición de evangelizador cristiano.

Hoy, a cerca de cuatro siglos y medio de la investigación que realizó, varias veces él ha sido llamado fundador de la antropología en el Nuevo Mundo. Su obra continúa siendo analizada y valorada por estudiosos de muchos países. No es sólo fuente informativa de primera mano y modelo de investigación antropológica, es también portadora de un mensa-

je perdurable: comprender al otro es el camino de acercamiento. Hace bastantes años, algunos colegas españoles y yo colocamos en el claustro bajo de la Universidad de Salamanca —donde estudió Sahagún— una placa en la que se evocan sus merecimientos y se dice de él que fue padre de la antropología. El patrocinio de esa placa corrió a cargo del Instituto Indigenista Interamericano con sede en México, del que era yo director.

En fecha reciente, en el pueblo de San Francisco Tepeapulco, en el Estado de Hidalgo, donde este fraile inició sus investigaciones, se ha creado la Fundación Bernardino de Sahagún. Tiene ella programada la edificación de un museo biblioteca y un centro de trabajos —docencia e investigación antropológicas— que den nueva vida a los ideales por los que se afanó este franciscano leonés. Muy requeridos estamos de ahondar en el conocimiento de la cultura indígena y en el mensaje que nos dejó: el reconocimiento de la humana necesidad de comprender al otro para poder convivir en paz.

**Miguel León-Portilla**, antropólogo e historiador mexicano, es Gran Cruz de la Orden de Alfonso X El Sabio.

## ¿Qué queda del 11 de septiembre?

Nos encontramos en una cadena espantosa. La impresión dominante es que los integristas se alimentan mutuamente y se ponen de acuerdo para imponer un mundo caótico. ¿Durará esta situación? Algunos dicen que sí. El caos, este caos, es la forma de dominación que necesita hoy el imperio americano para fundamentar su fuerza. ¿Cómo vamos a pretender que un país cuyo déficit se aproxima a los 550.000 millones de dólares, cuya deuda exterior es la mayor del mundo (seis billones de dólares), cuyo presupuesto militar (superior al de todos los países desarrollados juntos) está totalmente financiado por el ahorro mundial, cuya moneda no está sometida a ningún control internacional y dicta la ley en todos los mercados financieros... cómo vamos a pretender que ese país acepte unas reglas y se sujete a derecho? Se trata de un pueblo que vive por encima de sus posibilidades y que, junto con Irak y Arabia Saudí, posee las mayores riquezas energéticas de la Tierra. ¿Acaso va a renunciar a su forma de vida a crédito (no reembolsable) y a la energía por la cara bonita de Europa, China, Rusia y el derecho? Hacerse la pregunta ya es responderla. ¿Pero eso explica todo? Hay que ser extraordinariamente mani-queo para pensarlo. Porque la tra-

gedia, como sabemos, sobrepasa con creces estos cálculos miserables.

Lo más grave, aparte de la economía, del poder del dinero, es lo que llamo el “desgarro cultural”. Un desgarro como hacía mucho que no se veía en el mundo. La primera gran globalización, la del capitalismo industrial a mediados del siglo XIX, también supuso un desgarro semejante. El occidental quería colonizar los países pobres mientras pretendía aportarles la “civilización” y el progreso. Hoy se ve el resultado: todavía son pobres y están alejados del progreso. A cambio, hizo que los pueblos adquirieran una conciencia ferozmente nacionalista, que ni siquiera unas clases dirigentes autóctonas, siempre dispuestas a hacer componendas con el invasor, pudieron aplacar. La aventura de la presente globalización liberal es del mismo tipo. Pretende avanzar en nombre de la democracia y los derechos humanos cuando, en realidad, a veces, favorece a poderes ilegítimos para apoderarse de las riquezas de esos países o de sus posiciones estratégicas, de modo que conduce inevitablemente al ascenso del odio y un nacionalismo nuevo, posnacionalista, por así decir, religioso, sobre todo en los países musulmanes. Estos países están en el centro de los dos grandes focos de enfrentamiento: el control del petróleo, condición *sine qua non* del modelo de civilización productivista y no duradera, y el conflicto palestino-israelí, un conflicto típicamente

colonial en el que queda al desnudo cómo se infravalora el mundo musulmán. Occidente está dispuesto a todo con tal de conservar su modelo económico de vida, Estados Unidos utiliza cínicamente a Israel para meter en cintura a Oriente Próximo. Toda esta guerra se ha radicalizado ahora con la invasión de Irak. La “palestinización” de toda la región implica una guerra de identidad que no parece que vaya a apagarse pronto. No es ninguna provocación decir que hoy, en todo el mundo árabe-musulmán, la ideología islamista se ha hecho espontáneamente mayoritaria, aunque eso no se traduce en la adhesión a los bárbaros métodos de las sectas terroristas. Sin embargo, ahí está el resultado: en estos países, si se aplican las normas de la democracia, con elecciones libres, accederá al poder *democráticamente* una versión dura del islam. Son unos pueblos abrumados, agotados, por años y años de dictadura, dominación y humillación. Sólo les queda la desesperación: hoy, la de los terroristas suicidas palestinos o los combatientes iraquíes. ¿Mañana, de quién será?

Este desgarro afecta a la identidad y la humanidad. Nuestra impotencia ante él sólo puede encontrar salida en una toma de conciencia moral y en el largo esfuerzo de solidaridad que debemos afrontar para recuperar el hilo de un reconocimiento mutuo. Es posible que, de este desastre, surja una generación moral. Esa generación que hizo oír su

voz —más que en ningún otro sitio— en las últimas elecciones celebradas en España. Es posible. Pero no podemos conformarnos con la incertidumbre. Tenemos que construir otro mundo. Primero, en Europa, porque la “vieja” Europa, con su cultura, puede reconducir por el camino de la civilización a un Estados Unidos tentado por la barbarie. Ahora bien, para ello, Europa debe inspirar confianza a los ciudadanos, con una postura independiente, europea y no atlantista. Hace mucho que terminó la Segunda Guerra Mundial. No vayamos con una guerra de retraso. Los actores han cambiado. Y la defensa del derecho es también asunto de Europa. Debemos mantenernos del lado de la justicia, porque es la mejor garantía contra la inseguridad. Para aplicarla, ante todo, a los palestinos y los iraquíes. Es la condición necesaria para la solidaridad. Y tiene que abarcar con un mismo impulso el recuerdo de los ciudadanos estadounidenses sacrificados, los palestinos e israelíes atrapados en la tormenta, los iraquíes en busca de la libertad y la dignidad y las poblaciones civiles de Chechenia y Rusia. Es una propuesta idealista. Es verdad. Pero ¿acaso ha vencido alguna vez la humanidad a la barbarie de otra forma que enfrentándose con los valores de la civilización?

**Sami Naïr** es eurodiputado y profesor invitado de la Universidad Carlos III.

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.

## CARTAS

AL DIRECTOR

### Canon televisivo

Resulta admirable cómo los sabios pueden encontrar soluciones fáciles a problemas difíciles. Siempre pensé que para acabar con el eterno déficit de la televisión pública habría que privatizar una de las dos cadenas y, desde luego,

recortar gastos drásticamente como todos los ciudadanos, que sólo entendemos de economía familiar, hacemos para evitar los números rojos a fin de mes. Si fuera tan sabia como esas personas del famoso comité de televisión, en vez de sufrir con mi presupuesto familiar, optaría por pedirle, sin derecho a devolución, el dinero que me falta al vecino. Ahora sólo faltaría resolver el pequeño problema de que posiblemente el vecino no me quisiera dar lo que le

pidió, y a esos sabios el de que los ciudadanos aceptásemos pagar, además de lo que ya estamos pagando con nuestros impuestos, un canon para financiar el aparato mediático del partido de turno y los sueldos de sus recomendados, por mucho que nos quieran convencer de que es la televisión de todos. ¡Qué fácil resulta ser sabio y economista cuando uno puede manejar el dinero de los demás!— **Teresa González Rodríguez**. Madrid.

## EL PAÍS, número 10.000

EL PAÍS está a punto de llegar al número 10.000. Nos gustaría contar con la colaboración de ustedes, nuestros lectores para que nos expliquen cuál es su relación con el periódico: qué echan de menos, qué es lo que más les gusta, lo que les disgusta, cuándo y cómo leen el diario... Los testimonios, con una extensión máxima de 20 líneas, podrán remitirlos antes del próximo día 23 de septiembre a [elpaisdiezmil@elpais.es](mailto:elpaisdiezmil@elpais.es), o por correo a: EL PAÍS (Diez mil), Miguel Yuste, 40. 28037 Madrid.